







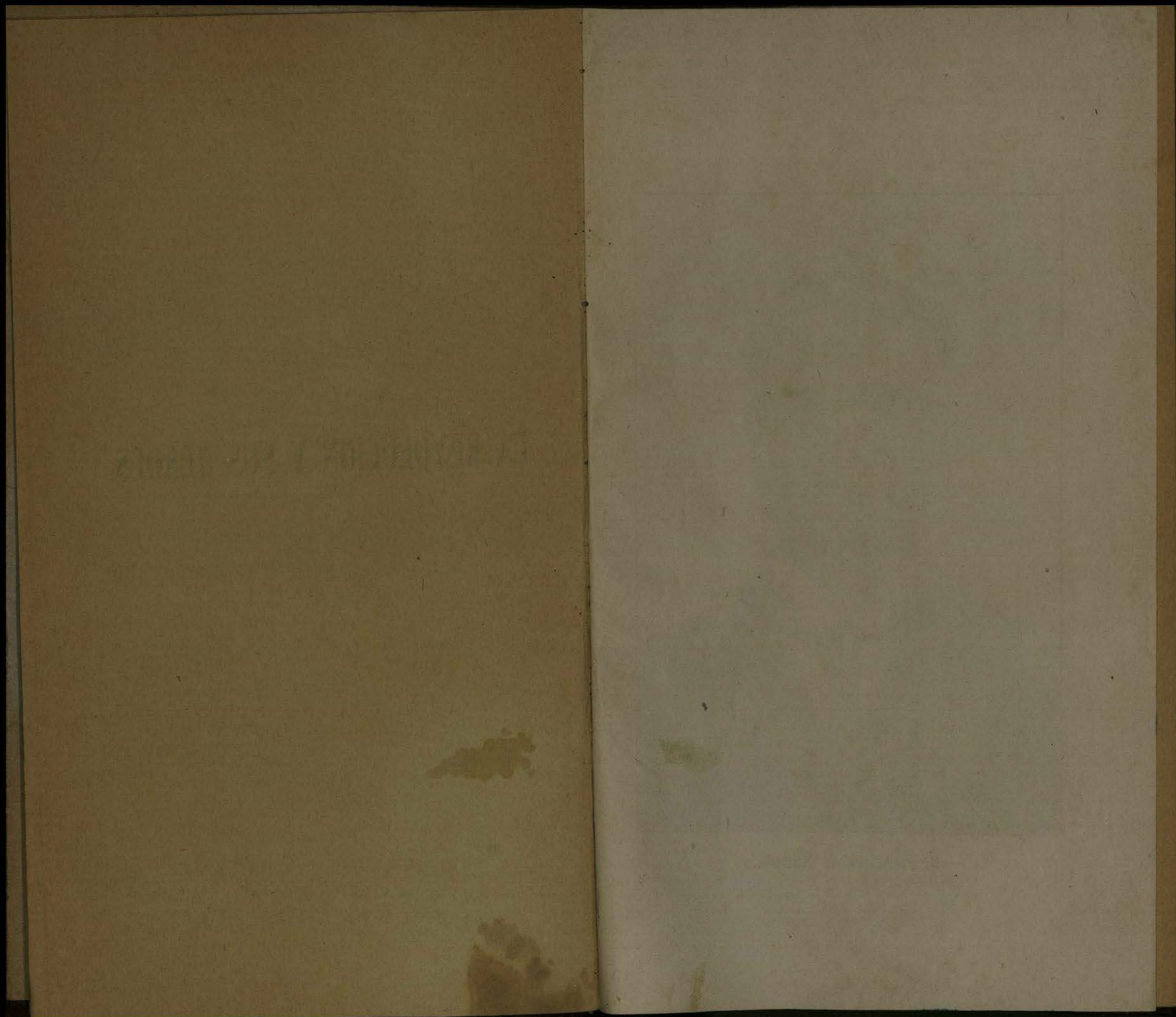
1020003195

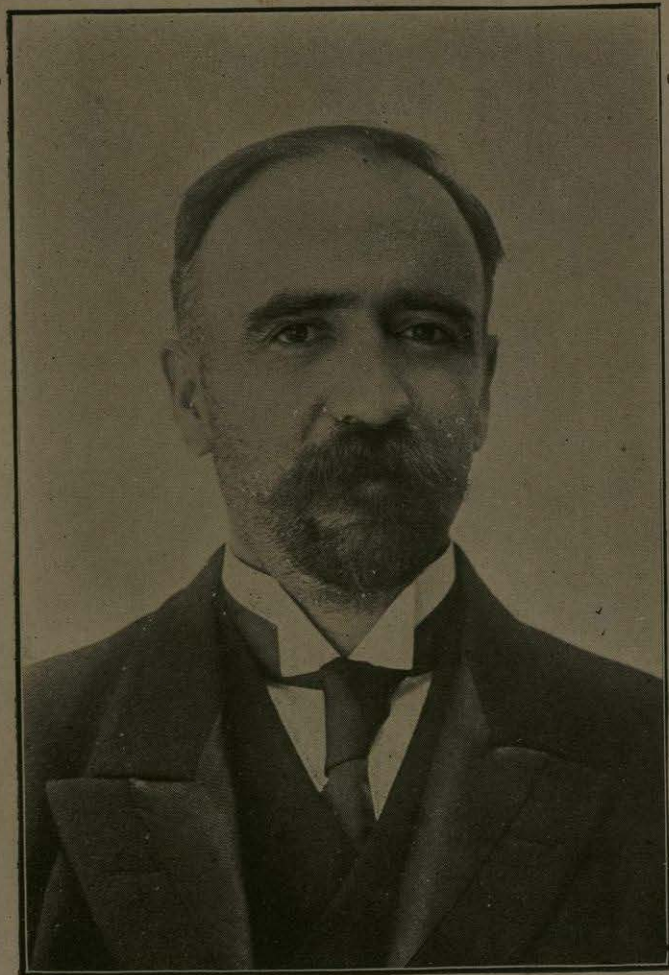


108506

LA REVOLUCION Y SUS HEROES







D. Francisco I. Madero.

Antonio P. González (Kanta-Klaro) y J. Figueroa Domenech

# LA REVOLUCION Y SUS HEROES

CRONICA DE LOS SUCESOS POLITICOS  
OCURRIDOS EN MEXICO

DESDE  
OCTUBRE DE 1910 Á MAYO DE 1911.

CONTIENE UN RESUMEN  
DE LA ADMINISTRACIÓN DE D. PORFIRIO DIAZ  
Y UNA RESEÑA DE LA REVOLUCIÓN MADERISTA, CON BIOGRAFIAS  
DE LOS PRINCIPALES CAUDILLOS, SUS REFRATOS  
Y OTRAS MUCHAS LÁMINAS

TERCERA EDICION

Corregida y aumentada con los sucesos políticos de Junio.

*"La libertad es uno de los más  
preciosos dones que á los hom-  
bres dieron los cielos; con ella no  
pueden igualarse los tesoros que  
encierra la tierra ni el mar en-  
cubre: por la libertad se puede y  
debe aventurar la vida."*

CERVANTES.



MEXICO  
HERRERO HERMANOS, SUCESTORES.  
PLAZA DE LA CONCEPCIÓN, NÚM. 7.

1911

F1234

G569

1911

---

Es propiedad de los Editores  
quienes se reservan todos sus de-  
rechos con arreglo á la ley.

---



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

---

Imp. de Manuel León Sánchez.—Misericordia, 3.—México, D. F.

## PROLOGO A LA TERCERA EDICION

---

Agotadas en el brevísimo espacio de un mes dos copiosas ediciones de este libro, sentando así un precedente bibliográfico que satisface holgadamente nuestra aspiración editorial, publicamos esta tercera edición, cuidadosamente corregida y aumentada con los sucesos políticos del mes de Junio.

El éxito obtenido por **La Revolución y sus Héroes**, aunque excepcional, no hubo de sorprendernos. El Pueblo lee cuando se escribe para él, cuando se le habla en el sencillo lenguaje de la verdad, cuando en vez del sofisma, más ó menos ingenioso, se le expone el hecho. Y los autores del libro tuvieron presentes esas circunstancias de orden capital. Ceñidos á la verdad en la parte histórica, en la crítica proceden con lógica rigurosa, documentando á menudo la cuestión con testimonios hijos de la experiencia. A las veces, son severos, pero nunca dejan de ser justos, ni dejan de ser francos. Y á salvo como están de toda tentación política, ni censuran el pasado régi-

men por despecho ó por veleidad, ni le hacen justicia por gratitud; como tampoco cantan á la Revolución triunfante, á inspiración de ningún interés personal directo. La única pasión dominante en ellos es la justicia; el supremo bien que persiguen, es llevar una piedra al edificio de la libertad, que tan trabajosamente se está levantando sobre las ruinas de la servidumbre y la tiranía.

La brillante acogida que mereció la obra, es el mejor testimonio del mérito que encierra en sus páginas. Por nuestra parte, queremos corresponder al decidido favor público mejorando la edición, en el concepto material que nos pertenece.

LOS EDITORES.

## INTRODUCCION

### IMPRESIONES.

Por tercera vez en la historia de México, la causa de los más obtiene ruidoso y completo triunfo sobre la causa de los menos. Fué la primera, conquistando personalidad política en el concierto de las naciones libres y soberanas: **Guerra de la Independencia**. La segunda, en la reconquista de la forma republicana de gobierno: **Guerra de Intervención y Segundo Imperio**. La tercera y última vez, de actualidad, fué derrocando una gran Dictadura militar, y restituyendo á la Nación su soberanía civil: **Revolución Maderista. (Sufragio Efectivo. No Relección)**.

Ningún otro conflicto armado, exceptuando la desgraciada guerra con Norteamérica, revistió carácter nacional, ni aún siquiera popular, pues cuantos otros ensangrentaron el país, respondieron á intereses de partido, ó á algo más exclusivista aún: al espíritu de caudillaje. Nunca el pueblo tomó esas mezquinas causas por suyas, aunque le tocara siempre pagar el mayor gasto. Tenían á la luz de la verdad, y dentro de la crítica más benévola, un verdadero carácter faccioso; ese mismo carácter que, precisamente, se vino achacando hasta última hora, á causa tan nacional y popular como la maderista, siendo lo más notable que tan grave cargo se lo hiciese un gobierno venido de la facción, que había vivido en la ilegalidad y que ansiaba perpetuarse en ella. Un gobierno de hecho, á espaldas del derecho constitucional.



Militaba en favor suyo, no obstante, para declarar facciosa á la Nación entera, un poderoso motivo: habia vinculado en sí la soberanía nacional, y como no podía argüir, en justificación, ningún derecho humano, procedió como si su autoridad emanase de un derecho divino. Y contra la divinidad nunca hay razón, y aunque la haya, no debe surtir humanos efectos.

Eso sí, aquel régimen de abolengo medioeval, que tenía audacias y cinismos inconcebibles, carecía del valor de sus actos como sistema, cuidando siempre, con estudiada nimiedad, todas las exterioridades de la forma democrática, hasta el punto de no negar una vez la Constitución, que no fuera confesándola paladinamente.

Dícese que, en cambio, dentro del sistema, cabía holgadamente el progreso; pero es justo poner algunos reparos al concepto absoluto. No fué progresista en el grado que se le supone, aun concretando el caso al orden puramente material, consagración suprema, un tanto bárbara, del progreso moderno.

El país, ciertamente, progresó bajo la Dictadura, pero no tanto á la acción de ella, como á la acción incontrastable del progreso mismo; esa acción que derriba las murallas chinas, que penetra en el corazón africano y rasga el velo misterioso de la India, llevando á todos los ámbitos del globo las portentosas manifestaciones de su genio. México habría progresado irremisiblemente, fatalmente, aún contra la voluntad expresa de los poderes públicos. El progreso es más fuerte que las dictaduras más formidables.

Es verdad que el régimen llevó á cabo algunas obras trascendentales, pero habría que preguntar aquí si en un tercio de siglo, disponiendo de recursos y disponiendo de paz, sin trabas constitucionales de

ningún género, esos hombres podrían haber vivido sin hacer nada del dinero de la Nación que administraban.

\*  
\* \*

El país se ve cruzado en muchas direcciones por las paralelas de hierro, algunas de muy dudosa utilidad, así como por una vasta red telegráfica; el servicio postal es uno de los más perfectos del mundo; se han realizado buenas obras de puerto y algunas importantísimas de desagüe. Es decir, se hizo bastante, no nada que pueda producir el efecto de la maravilla. Quien vive bastante, está obligado á hacer bastante, y quien viva como vivió aquel régimen, no puede estar obligado á menos. Pero al lado de las cosas verdaderamente útiles, hay algunas que no lo son en el grado que debieran. Mejor hubiesen respondido á las exigencias del progreso, menos vía herrada y más caminos de herradura; menos ferrocarriles caros y más carreteras accesibles al tráfico; menos palacios suntuosos en la capital y más riqueza y cultura rurales.

Nosotros hemos vivido mucho más tiempo en la Nación rural que en la metrópoli populosa, y sabemos que la nación ha sido lugubramente infeliz durante la Dictadura. Hay que haber visto centros de población con dos ó tres mil vecinos, al pié de la vía férrea y ¡sin una escuela de instrucción primaria! Hay que haber visto numerosas é importantes agrupaciones, que sólo conocían la acción del gobierno por lo que tenía de gravosa. Porque el Fisco llegaba á todas partes, y á todas partes llegaba el autoritarismo. Lo que no llegaban era la escuela, ni el camino vecinal, ni el agua del cercano afluyente, ni nada de aquello que significase progreso, ó siquiera, una mínima atención por parte de los poderes públicos. Hay que

haber visto las dos terceras partes de la población total de la República, viviendo ajenas á todo humano bienestar, para comprender que la obra de aquel gobierno calificado de "progresista," no corresponde, muy fielmente, que digamos, al calificativo.

Hoy, que tan singular gobierno pasó á mejor vida, es para asombrarse que haya podido subsistir tan largo tiempo á despecho de la Ley, y á espaldas de todas las conveniencias de carácter trascendental.

\*  
\* \*

Nunca creímos en la perdurabilidad del majestuoso edificio que acaba de derrumbarse, estrepitosamente, al soplo de la Revolución, arrastrando en sus ruinas al artífice y á todo un sistema. Parecíanos que tan pesada fábrica, entre otros vicios de construcción, carecía de sólidos cimientos, y que habría de venir á tierra, así que sobre los almenados muros se desatase el primer huracán de la opinión pública.

Más de una vez, en nuestra ya larga vida literaria, llevamos á la hoja impresa esa misma incredulidad y ese parecer mismo, frente á los desmedidos entusiasmos que provocaba la imponente obra, ofreciéndose allí á la consideración de la crítica, al asombro de las muchedumbres, al ejemplo de las naciones y á la gloria de los siglos. . . . Más de una vez, ante los graves doctores que distraían su ciencia certificando la muerte del espíritu revolucionario, apuntamos la idea de que las revoluciones no mueren en los pueblos sanos y viriles, mientras haya un derecho que reivindicar, una justicia que redimir, ó una ambición política que satisfacer. El día que el espíritu revolucionario no palpita en las entrañas del pueblo ni en la conciencia del hombre, la humanidad está herida

de muerte. Qué no hemos de admitir, en este bajo mundo, la posibilidad de los estados perfectos y angelicales, propicios á la quietud inalterable de las almas, y aunque por un prodigioso esfuerzo de imaginación admitiésemos tal imposible, Luzbel nos recordaría que el espíritu rebelde sabe animar á las criaturas más perfectas, y conmover la calma de los mundos más sublimes. La tentación y la desobediencia nacieron con el primer hombre; morirán con el último.

En algo así como un bienestar ultraterrestre, fundamentaban aquéllos graves doctores su diagnóstico. Ardientes apologistas del régimen, vinculaban en él suma tal de perfecciones y bondades, que al haber ellas real y verdaderamente existido, todo intento de revolución habría fracasado por impopular y por absurdo. Que aun los pueblos más inconscientes, poseen un admirable instinto de conservación y cierta devoción al bien. Por desgracia para todos—dioses, apologistas y devotos,—era tan notable la diferencia entre las cualidades atribuídas á los hombres de la situación, y las que resaltaban en los actos de su vida pública, que pudieron llamarse á engaño hasta los mismos ciegos. La mitad de la Revolución estaba hecha por los terribles apologistas del régimen. Cuanto mayor bien se prometa falazmente al pueblo, de mayor mal ha de dárse por recibido. Si el régimen que acaba de irse no hubiera deseado ser demasiado bueno, habría llegado á ser bastante menos malo. Cúlpele á sí mismo, ó culpe á esos sus imprudentes apologistas, á quienes el vulgo, harto más justiciero que nosotros, calificó siempre de aduladores.

\*  
\* \*

La Revolución no vino á sorprender más que á los

centinelas del orden establecido. Nosotros, perdidos allá en un remoto lugar de la República, extraños á la vida intensa de la política, y perfectamente ajenos á toda misteriosa confabulación, saludamos á la Revolución triunfante en la persona de su caudillo, muchos días antes de que llegaran á las manos federales y revolucionarios. Era el caudillo víctima, á la sazón, de aquellas persecuciones inéguas, y delaciones infames, y procesos vergonzosos, que fueron la gloriosa y suprema consagración de su causa y de sus personales prestigios. El conceptuoso documento que á tal fin hubimos de dirigirle—y que por cierto, mereció inmediata y expresiva correspondencia,—podría servirnos ahora para acreditarnos de videntes, si estimásemos el oficio, ó diéramos demasiada importancia á una visión que suele prodigarse en vísperas de acontecimientos extraordinarios y trascendentales.

\*  
\* \*

Pueden los pueblos vivir sin libertades políticas, sin vías férreas y telegráficas, sin palacios suntuosos, sin ciudades populosas, sin riquezas amontonadas; pueden perfectamente vivir sin sabios, sin héroes y sin glorias; ¡hasta sin honor! es la vida muy posible. Lo que no pueden hacer los pueblos, es vivir sin justicia. Por eso, mientras en el ara de la Paz se sacrificaban libertades hasta acabar con ellas, y se sacrificaron derechos de naturaleza remisible; mientras se sacrificaron ideales y ensueños, ansias y aspiraciones, la Nación, que tanto debía á la Paz, fué al sacrificio sin rebelarse. Pero así que ella, de principio se convirtió en obsesión, de símbolo en monstruo, y reclamó para su mantenimiento el cadáver palpitante de la Justicia, y la Justicia fué cruelmen-

te sacrificada y devorada, la Nación, presa de horror primero, y enfurecida después, descendió al Laberinto, animada por el espíritu de Teséo, y ahogó al Minotauro.

Ese sacrificio horrendo, que no los otros en el tiempo reparables, puso rebeldía en todas las mentes y fuego en todos los corazones. ¡Qué espectáculo ofrecían, después del gran crimen, aquellos templos augustos, consagrados por la Ley á Themis la austera y á Astrea la mayestática!... Antros pavorosos, sobre cuya portada en vez del consolador "suum cuique," aparece la dantesca leyenda de todas las desesperanzas... Allá dentro, bajo el ojo terrible de la "consigna," los altos prestigios de la magistratura por los suelos, y todas las concupiscencias remontándose al apoteosis... Tal era el cuadro.

\*  
\* \*

El agua largo tiempo estancada, se corrompe. Así la administración que acaba de pasar á la Historia, hubo de corromperse en su largo estancamiento, desde la superficie hasta el fondo. No podía evadirse á una ley física, aunque quisiera vivir sujeta á la ley moral. El alto grado de corrupección que se advertía en estos últimos tiempos no era la resultante de una inmoralidad elevada á la categoría de principio, sino la lógica consecuencia de aquel régimen extremadamente conservador. Que el efecto era uno, bien lo sabemos todos.

El desfalco en todos los ramos administrativos (1),

(1) Para dar una ligera idea del ambiente moral que se respiraba en la Administración, ya allá por el año de 1900, registramos una anécdota que entonces recogimos nosotros en el antro de Belén, en donde estábamos recluidos por al-

llegó á constituir enfermedad endémica, que daba á la demografía un día con otro, casos fatales en número más que suficiente para acreditarse como dolencia digna de respeto. La larga posesión de la cosa, determina la propiedad de la misma, según el derecho natural, fuente del derecho legal. Así que los viejos poseedores de la cosa pública pudieron creerse en posesión legítima de ella, con todos los derechos inherentes al título. ¿No el ilustre mandatario, que por un tercio de siglo rigió los destinos nacionales, declaró en memorable ocasión (1), que al cabo del tiempo el gobernante solía considerar el Poder como algo muy suyo?... Pues si eso declaró autoridad tan respetable en la materia, y hasta última

gún pecado de imprenta, del que haremos mención más adelante.

Habría en la Cárcel, á la sazón, entre civiles y militares procesados y sentenciados, de seis á ocho funcionarios de la Administración, por el delito de peculado, ó por "atentar al cofre," como allí se decía. Intimamos con alguno de ellos sobre quién acababa de recaer sentencia con algunos años de prisión. Discurriendo un día con él sobre el mal suceso de aquel género de "debilidades," él, con esa convicción terrible que se desprende de las matemáticas, nos probó que estábamos equivocados. Porque decía: yo, ganaba tanto, gastaba tanto; al cabo del año, ahorraba tanto. En 20 años, que podría tener por delante, que ya es mucho, mis ahorros sumarían tanto. Es verdad que podía ascender en categoría y en sueldo, pero los gastos estarían en relación y los ahorros no serían mayores. Ahora, bien: tengo á buen recaudo la fortunita que "adquirí," y que asciende á tanto. Gastando como antes, durante mi prisión quedará reducida á tanto, esto es, que en la tercera parte del tiempo, triplico el capital; con la ventaja de que esa tercera parte del tiempo la tengo más segura en la Cárcel, que el tiempo total—veinte años—en el empleo que disfrutaba. Digan ustedes ahora si el "negocio" no merece la pena.

Cuando nosotros llamamos la atención de tan desahogado sujeto, sobre ciertos deberes para con la sociedad y para consigo mismo, el "prójimo", en cuestión, se rió en nuestras barbas, de la mejor gana del mundo, y barruntamos que también de la mejor buena fe....

(1) Entrevista Cleermann.

hora probó con hechos la verdad de sus palabras, no hay que extrañarse demasiado de que cada cual, por su parte, procediera lo mismo en la esfera de sus facultades. Pero sobre estos escándalos, que traémos á capítulo, no por su importancia en el orden económico, sino porque la tienen no pequeña en el orden moral, quedarán siempre los altos fraudes, las ingeniosas combinaciones financieras, los irritantes privilegios, los grandes derroches de los intereses públicos, (base muchas veces de considerables fortunas particulares); los millones amasados á sangre y lodo en la gobernación de los Estados y los Distritos; la riqueza tenebrosa del último cacique.... La codicia, en su desenfreno, ya no reconocía límites ni respetaba conveniencias. Fué otra de las características del régimen.

La tercera fué la de un olímpico desprecio á la opinión, por principio, y una hostilidad cruel, por sistema. No ha de costarnos gran trabajo persuadir al lector de la justicia que encierra el concepto. Ni hemos de parar mientes en los ódios que sacó á flote la revolución triunfante, del que fueron víctima algunos funcionarios públicos, pues la mayoría de ellos, para ser justos del todo, preciso es convenir en que supo ponerse á buen recaudo, batiendo el record mundial de la agilidad pedestre.

Luengos años é infelices días clamó Puebla, en angustia mortal, al que todo lo podía, que la librería del gobierno más infame que pudo florecer bajo los despotismos. Júpiter fué sordo á todos los clamores, fué insensible á todas las angustias. Y el mónstruo poblano, cada vez más protegido por el Torante, cada vez más seguro de la impunidad, habría acabado de devorar su presa, si la Revolución no la redime de su garra. Y el caso hubo de repetirse, con variantes

ligerísimas en Michoacán, Tabasco, Yucatán, Chiapas, Hidalgo, Chihuahua, Guerrero, Coahuila y otras confederaciones. En todas ellas se mantuvo como una obsesión, al cacique correspondiente, con su corte formada por verdaderos criminales, llamados los unos por la Ley al presidio y al grillete, y los otros al cadalso, tocados con la roja hopa de los asesinos.

La Dictadura padeció las grandes obsesiones. Sostener á toda costa, y contra la voluntad y los más caros intereses de la sociedad, en puestos públicos y delicados á hombres notoriamente indignos, algunos notoriamente infames, fué una monstruosa obsesión. No conceder jamás la razón al pueblo, y contrariársela siempre, fué otra de las obsesiones. Y es que partía de un principio falso, imaginándose que si hacía la menor de las concesiones, el pueblo llegaría á las concesiones supremas. (A donde llegó precisamente, y precisamente porque no se le había concedido nada de cuanto era, en resumen, suyo.) Imagínese que si un representante de la autoridad era destituido para satisfacer la vindicta pública que le condenaba por sus desafueros, el principio de autoridad era el que padecía, y el indigno funcionario estaba más seguro que nunca de que sería inamovible, si sus excepcionales "hazañas" no le hacían acreedor á mayor recompensa. Esto parecerá todo lo brutal que pueda concebirse, pero que hubo de suceder, y no una vez sola, está en la conciencia de todo el mundo; como es verdad sabida que no faltaron funcionarios públicos, que para eternizarse en el cargo ó perseguir un ascenso, recurrieron al expediente de hacerse odiosos. Por lo demás, nadie ignora que aquí mismo, en la capital de la Nación, en la residencia de los Supremos Poderes, la vida y el honor de los ciudadanos tuvieron, comunmente, por ángeles custo-

dios, á "prójimos" tan recomendables como aquellos que estoquearon y descabellaron á Arnulfo Arroyo.

\*  
\* \*

Lleguemos á la obsesión del Poder, la obsesión-madre, y veremos un régimen manteniendo por un tercio de siglo, principios y sistemas característicos; cifrando en ellos su gloria, fama y renombre; defendiéndolos á capa y espada, á sangre y fuego, en todo tiempo y lugar; haciéndolos objeto de su gran fe política y de sus grandes amores en el ideal. . . . Y cuando la Revolución aparece á sus ojos, tremolando la victoriosa bandera de otros principios y sistemas enteramente opuestos, proclamando otra fe y otros amores, la Dictadura desecha de sí todo lo suyo, arrepuña al enemigo su bandera, y encarándose con él, lanza al asombro del mundo estas palabras, traducidas por nosotros del lenguaje diplomático al vulgar romance:

—Tú no debes ser Yo, Poder, porque Yo ya soy Tú, Revolución triunfante. Esta misma bandera—ó trapo bien parecido,—la tremolé Yo, antes que Tú, en La Noria, en Tuxtepec y en Palo-Blanco, muy reformadita, porque Yo soy gran Reformador de papeles. Con ella derroqué entonces una situación y la hice Mía; con ella derrocaré ahora una revolución y la haré Mía en el nombre augusto de la Paz. Porque aquí, señoras y caballeros, todo debe ser Mío, pues que Yo soy la Situación, y la Situación es la Paz, y Yo soy la Paz y la Situación, y la Paz es el Poder, y el Poder soy ¡Yo!. . . .

Así habló el régimen por boca de sus diplomáticos y de los mil gansos al servicio, y por cierto que tan peregrino lenguaje é ingenioso juego de palabras,

cuadrábale muy bien. Servirse de una bandera para conquistar el mando, trocarla por otra para gobernar libremente á sus anchas, y volver al cabo de los años mil por los fueros de aquella, para sostener mando y gobierno; jugar tan despreocupadamente á las banderitas, . . . no se le puede ocurrir más que á un régimen extremadamente científico y . . . positivamente inmoral.

La *claque* aplaudió con frenesí, y los incorregibles apologistas se deshicieron en elogios ante la magnanimidad, patriotismo, desinterés y abnegación del león amabilísimo que de todo se desprendía graciosamente, con tal que nadie fuera osado á meterse con su parte. Por eso el león no titubeó en sacrificar á sus más caros amigos, cuando el deber le mandaba sacrificarse con ellos.

\*  
\* \*

El régimen defendió brava y ferozmente su vida; disputó los últimos instantes con las ansias supremas de aquellos condenados que hay que llevar arrastrando al patíbulo, á tambor batiente, para ahogar sus desesperados gritos; que mantienen su rebeldía hasta dejarla, con la existencia, en las sangrientas manos del verdugo. . . . En esa lucha no tuvo el régimen otro rasgo de grandeza que su gran apego al Poder. Careció de gallardías. Prefirió hallar su muerte en la enrucijada, de noche, que en el Coliseo, á la luz esplendorosa del Sol. Prefirió escamotear torpemente la bandera revolucionaria, á plegar decorosamente la suya. Y como en el terreno diplomático, fué pequeño también en los campos de la guerra, ofreciendo á la consideración de la Historia esta antítesis que tan poco le favorece:

Las tropas irregulares y los jefes improvisados, al

servicio de la ilegalidad, procuraban siempre, y casi siempre con éxito, respetar las leyes de la guerra y el derecho de gentes; las milicias disciplinadas al mando de profesionales y al servicio legal, tenían la crueldad por consigna y el exterminio por ley. Los procedimientos que en el orden gubernativo empleó el régimen para aniquilar á los revolucionarios del verbo, no fueron menos odiosos. Hay una disculpa en los dos casos: la debilidad es necesariamente cruel. El régimen se sintió débil siempre, y por eso siempre tuvo crueldades para la Opinión; por eso mantuvo la prensa amordazada y pobló las mazmorras de periodistas, llegando á ponerlos bajo el puñal del asesino, ó bien precipitarlos, pletóricos de vida, en los hornos crematorios. . . .

\*  
\* \*

Hay un dato relativo á la agonía del régimen, que hemos de anotar antes de alejarnos más en el camino de las disquisiciones: El pueblo metropolitano, con su actitud hostil y resuelta, ahorró al país algunos días de Dictadura; acaso algunos meses. Si en aquellos supremos instantes el pueblo no se insinuó en la forma que lo hizo, el régimen no pierde su última esperanza de ahorcado. En las tenebrosidades de su política, todavía se fraguaban planes atrevidos. (Que seguirán fraguándose, porque el régimen se fué, pero su espíritu queda encarnado en muchos hombres y en muchos intereses.)

\*  
\* \*

Hagamos la última justicia al régimen: No capituló mientras tuvo por delante una hora de existencia. Hablóse de patriotismo, de abnegación y de des-

interés. Nosotros hablaremos de los grandes sacrificios á que orilla la necesidad.

\*  
\* \*

Ahora como nunca, necesita la Revolución vivir arma al brazo y ojo despierto. Porque fué demasiado esplendoroso el triunfo para que pueda regalar-se en su amorosa contemplación. Debe confiarse mucho en los hombres de honor, pero muy poco, casi nada, en el honor de los hombres. Los tiempos son de desconfianza. No olvide que hubo vencidos y que el vencimiento engendra el odio. No olvide que ha de ser muy dolorosa para los institutos armados la transacción con un Poder civil, que triunfó de una situación militar. Bien que el Ejército pertenezca á la Patria y no á la Política, pero la fuerza de las cosas suele ser más efectiva que todas las verdades. La guerra ha enseñado mucho; los sucesos que se han desarrollado después, y los que están en desarrollo, enseñan bastante.

\*  
\* \*

Después de la honda transición política, cuando ya parecía que el horizonte quedaba despejado, que la calma volvía á los espíritus y la era de la libertad y la justicia se inauguraba bajo los más felices auspicios, una inexplicable zozobra llama á la puerta de todos los ánimos suspicaces. La zozobra toma pronto cuerpo, y se denomina "Contrarrevolución," en la que caben desde el asesinato político hasta el cuartelazo cobarde y desleal.

\*  
\* \*

Hay que prevenirse contra diversos peligros, muy particularmente contra la sensiblería. Es el común

sentir que á la muerte del prójimo, sólo las buenas obras le sobrevivan, é igual sentimiento advertimos á la muerte civil del régimen.

Pues bien: esta piedad póstuma entraña grave peligro, si una razonable y fría contemplación no le corta los vuelos. No hay que defraudar á la Revolución de la más pequeña parte de su fuerza moral, con ridículas añoranzas. Del régimen ido conviene, por el contrario, rememorar todos sus vicios, haciéndolos resaltar sobre cuantas virtudes pudo tener, con el fin de que éstas no puedan tentar á nadie. Aún tiene la causa de la Libertad reservadas muy duras pruebas, y ¡ay, si los impertinentes sentimentalismos, en las dificultades del presente, vuelven los ojos al pasado, y la espalda al porvenir!... Mas, mil veces valdría, no haber revolucionado, porque la reacción sería tremenda. Hay que prevenirse contra el corazón, manteniendo latente en los ánimos el espíritu revolucionario, con sus violencias de lenguaje, con sus intransigencias, con sus odios, con la eliminación absoluta de la cosa pública, de todos y cada uno de los servidores del antiguo régimen, muchos de los cuales figuran en la legión de revolucionarios de "última hora." La Revolución tiene ante sí muy graves problemas de orden civil y de orden moral. Ha triunfado en los campos abiertos de la guerra; veremos si también triunfa en las encrucijadas de la política.